

A. Alvar Ezquerro (coord.), *Siste, viator. La epigrafía en la antigua Roma*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2019, 306 pp.

La obra colectiva *Siste viator. La epigrafía en la antigua Roma* es un trabajo que cumple con el objetivo que marca su coordinador en la introducción: «ofrecer una panorámica general sobre la importancia y la práctica del hecho epigráfico en la antigua Roma». En efecto, la panorámica es general, pues, aunque todo viene perfectamente ilustrado con ejemplos concretos, el alcance es divulgativo, a la vez que riguroso. Asimismo, a lo largo de los sucesivos capítulos se deja claro que la epigrafía no fue un hecho accesorio en el mundo romano, si no un elemento consustancial a él.

Por ello, la obra está planteada para que un lector no especializado, pero sí con unos conocimientos mínimos sobre la Antigüedad, pueda adquirir las herramientas básicas para tener una idea general pero sólida de la epigrafía en Roma. Con este planteamiento, el libro está dividido en tres partes bien diferenciadas: una primera parte, con los capítulos sobre cuestiones generales y específicas redactados por diferentes especialistas; una segunda parte con una antología de textos antiguos en los que se trata de epigrafía y, finalmente, una tercera parte en la que se incluyen fotografías de inscripciones a todo color.

En la primera parte, el lector dispone de una serie de capítulos que, poco a poco, le van adentrando en el mundo epigráfico desde distintas perspectivas. Un enorme acierto en el planteamiento de esta parte es la propia ordenación de los capítulos, pues siguen un orden de lo más general a lo más específico. Los capítulos pueden dividirse en dos partes: en una primera, compuesta por los primeros 7 capítulos, se tratan cuestiones generales sobre la epigrafía, y en la segunda parte, compuesta por los restantes 10 capítulos, se muestran cuestiones sobre la cultura y la vida romana que se pueden investigar a través de las inscripciones. Este planteamiento, como decíamos, nos parece sumamente adecuado, pues funciona como hilo discursivo para que el lector adquiera cierto conocimiento de múltiples facetas de la Roma antigua y, además, sobre las propias técnicas epigráficas y sobre los recursos para su estudio.

Abre la primera parte un capítulo titulado «La cultura epigráfica como reflejo de un mundo alfabetizado», que corre a cargo de Marc Mayer i Olivé (Universitat de Barcelona), y en el que se expone, a modo de introducción, el enorme arraigo del hecho epigráfico en la cultura romana. En el siguiente, «¿Para qué sirve estudiar la epigrafía latina?» (Javier Andreu Pintado, Universidad de Navarra), se defiende la importancia misma del estudio de la epigrafía a través de ejemplos muy ilustrativos. El tercero («El *Corpus Inscriptionum Latinarum*: más de 150 años custodiando inscripciones romanas», Helena Gimeno Pascual, Universidad de Alicante) es un repaso por las vicisitudes históricas del CIL, el mayor corpus de inscripciones que tenemos hoy en día. Continúa esta parte con «Los talleres epigráficos de Hispania», a cargo de J. Manuel Abascal Palazón, de la Universidad de Alicante. En este capítulo se explica de forma muy didáctica cómo era el trabajo en las *officinae* epigráficas, tomando como referencia el ámbito de Hispania. A continuación, el trabajo «¿Cómo

y dónde se escribe? Técnicas de escritura y materiales escriptorios» (Javier del Hoyo Calleja, UAM) ofrece una detallada relación, por orden de frecuencia de utilidad, de los materiales epigráficos que se utilizaron, lo cual da una idea de hasta qué punto estuvo extendida la práctica epigráfica. En el siguiente capítulo, «¿Cómo se reconstruyen las inscripciones deterioradas?» (Concepción Fernández-Martínez, Universidad de Sevilla), se exponen diversas técnicas de reconstrucción de inscripciones fragmentarias, ordenadas por orden de seguridad: «restituciones seguras», «restituciones verosímiles» y «restituciones hipotéticas», siempre basándose en ejemplos muy ilustrativos, algo fundamental que permite que el lector sea consciente del trabajo del epigrafista. Esta parte de cuestiones generales sobre epigrafía la cierra el trabajo «Epigrafía en la era digital. Recursos y herramientas» (Luis Ángel Hidalgo Martín, Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida), donde se ofrece información sobre múltiples recursos digitales como las bases de datos epigráficas (EDCS, EDH, el HEpOL, etc.), pero también sobre recursos 3D o el MRM (modelo residual morfológico), así como información sobre la presencia de estas bases de datos en las redes sociales.

En el siguiente grupo de capítulos se tratan cuestiones específicas sobre el mundo romano a través de la epigrafía. Abre este apartado el capítulo titulado «Los dioses y la epigrafía» (Javier Velaza Frías, Universitat de Barcelona), en el que se deja más que demostrada la estrecha relación que hubo entre religión y escritura en el mundo romano, por el carácter público de la religión oficial. En «El culto a los antepasados: la epigrafía funeraria», redactado por Ricardo de Balbín Bueno, asistimos a otro ejemplo de cómo la epigrafía es reflejo de uno de los aspectos más importantes de la cultura romana: su relación con la muerte, algo que nos permite comprender, además, la estrecha relación entre estos ritos y el estatus socioeconómico. A continuación, Jonathan Edmonson («Los espectáculos romanos a través de la epigrafía») hace un repaso por las tres facetas de los espectáculos en las que la epigrafía permite adentrarnos: la propia oferta de estos espectáculos y el carácter obligatorio de esta para algunos magistrados locales, los contextos físicos de los espectáculos y las profesiones y puestos de trabajo relacionados con ellos. Continúa esta parte con un capítulo dedicado al ejército («¿Qué nos dicen las inscripciones sobre el ejército romano?», Javier Moralejo Ordax), en el que se aprecia claramente la utilidad de la epigrafía pues, como bien dice su autor, «la fuente más valiosa y rica en información [para reconstruir la historia del ejército romano] sigue siendo la epigrafía».

El siguiente capítulo está dedicado a un aspecto de la sociedad romana al que no siempre se le ha prestado la atención merecida. «La voz de las mujeres en la epigrafía romana» (Noelia Vicent Ramírez) muestra con una gran fluidez expositiva el reflejo que quedó en la epigrafía, mayormente de carácter funerario, de lo que la sociedad romana esperaba de las mujeres. A continuación un capítulo dedicado a lo que se conoce como epigrafía menor: «La expresión más popular: grafiteros artistas» (Macarena Calderón Sánchez) trata aquellas expresiones epigráficas espontáneas, relacionadas con el aquí y el ahora, que nos permiten conocer aspectos de la vida cotidiana que no podríamos conocer por otras fuentes. El trabajo «La epigrafía pobre» (Joaquín L. Gómez-Pantoja) trata sobre las inscripciones realizadas en soportes menos nobles y con una manufactura imperfecta, reflejo de que la epigrafía no solo era cosa de los altos estratos sociales, sino que estaba realmente arraigada en toda la sociedad romana.

Los tres últimos capítulos resultan muy interesantes debido a que suponen una muestra de la integración de todos los conocimientos sobre epigrafía puestos al servicio de la investigación historiográfica sobre un lugar o un hecho en particular. Así, en «La historia de una ciudad romana a través de sus inscripciones: Augusta Emerita» (José María Murciano Calles) se hace un repaso por la historia arquitectónica de la ciudad, por los personajes que marcaron su devenir y por la historia social, cultural, económica y religiosa de la colonia, aspectos para cuyo conocimiento son indispensables las fuentes epigráficas. En el siguiente capítulo, «Las creencias en Augusta Emerita» (José Luis Ramírez Sádaba) se profundiza en lo que la epigrafía deja ver de la vida religiosa de la ciudad de Mérida, tratando desde el panteón oficial y el culto imperial, hasta las divinidades indígenas y orientales y el cristianismo. Cierra esta última parte el capítulo «Mutatis mutandis: la epigrafía paleocristiana» (M. Manuela Alves-Dias y Catarina Gaspar) que, tras un capítulo dedicado a la religión en general, se centra en las primeras manifestaciones epigráficas del cristianismo, en los cambios que se aprecian en la práctica epigráfica debidos a la irrupción de la nueva religión, pero también en los elementos de continuidad con respecto a la epigrafía anterior.

En la segunda parte del volumen se ofrece una cuidada y comentada «antología de textos literarios latinos sobre epigrafía» (Antonio Alvar Ezquerra), en la que a través de textos de muy diversa índole el lector puede hacerse una idea bastante amplia de lo que suponía la epigrafía para los propios romanos.

La tercera y última parte del libro, «Nuestro lapidario» (Ricardo de Balbín Bueno, Macarena Calderón Sánchez y Noelia Vicent Ramírez), es una recopilación de fotografías de inscripciones de excelente calidad, organizadas por temática, función o soporte: inscripciones monumentales, inscripciones jurídicas, inscripciones votivas, funerarias, ejemplos de *damnationes memoriae*, inscripciones en mosaico, instrumenta, varia, imágenes de técnicas antiguas y modernas aplicadas a las inscripciones, y finaliza con imágenes de los propios autores de este volumen trabajando con las inscripciones.

En definitiva, esta obra colectiva supone un primer acercamiento para no iniciados en el mundo de la epigrafía pero con ciertos conocimientos sobre la Antigüedad. Una obra que permite tomar consciencia de lo importante que fue la epigrafía en el mundo romano y que, al mismo tiempo, ofrece valiosos recursos gráficos, electrónicos y bibliográficos para una mayor profundización en el amplísimo mundo de las piedras antiguas.

José Ignacio Hidalgo González
Universidad Complutense de Madrid
josehida@ucm.es